

Acosta nos cuenta que él «fué adorado durante toda su vida como un dios, por su pueblo.» Garcilaso afirma que, entre los diversos jefes y reyezuelos, los buenos eran objeto de un culto, y Balboa lo confirma. Las razas de un tipo inferior no son las únicas que sirven de ejemplo á esta deificación de los hombres vivientes; se la encuentra también entre las razas de un tipo superior. Palgrave la reconoce entre los Semitas.

«¿Quién es vuestro dios?»—preguntó un viajero árabe á un nómada mesa-leckh, no lejos de Basra.—«Era Fádi,» contestó, nombrando un gobernador de provincia poderoso en el país y muerto recientemente; «pero después de su muerte yo no sé por ahora quién es dios.»

Los Arianos tenían ideas parecidas; lo que nos lo prueba es que los reyes griegos de Oriente, á quienes también se levantaban altares, hacían batir moneda con la palabra *Theos*, y que los emperadores romanos eran adorados en vida. Estos hechos, en lugar de ser anomalías, como se cree ordinariamente, son efectos de la supervivencia ó del renacimiento de prácticas que habían nacido entre los salvajes y se habían desarrollado entre los bárbaros.

Naturalmente, como ya dejamos dicho, la identificación de lo superior con lo divino que lleva á dirigir plegarias á los jefes y á los reyes en vida, lo mismo que á los dioses, conduce á dedicarles un culto más pronunciado aun después de su muerte. En el Perú, según de Acosta, «se consideraba inmediatamente como un dios á un rey que acababa de morir; había sus sacrificios, sus estatuas, etc.» Cogolludo, hablándonos de los naturales del Yucatan, nos dice de Itzamat, un gran rey: «muerto este rey, se le erigieron altares y se convirtió en oráculo que daba sus respuestas.» Mencheta escribe también á propósito de los Mejiicanos: «el pueblo de Chohula consideraba á Quetzalcoatl (la serpiente de plumas) como á un dios más grande,» y además, «los Indios dicen de Quetzalcoatl, que aun cuando natural de Tula, había venido de allá para poblar las provincias de Tlaxcala.» Waitz añade: «que Huitzilopochtli (pájaro mosca), más tarde dios supremo de los Aztecas, era primitivamente un hombre cuya apoteosis es fácil de reconocer.» Otros ejemplos existen en la Polinesia. Ellis dice en su *Hawaii*: «Los naturales de las islas Sandwich miran el espíritu de uno de sus antiguos reyes como una divinidad tutelar.» Mariner nos cuenta que los Tongans creen «que hay otros Hotonas ó dioses, á saber: las almas de los nobles y *matabules* muertos, los cuales tienen asimismo el poder de hacer el bien y el mal, aunque en grado inferior.» Según Thompson,

«los naturales de la Nueva Zelanda creían que muchos jefes superiores se transformaban en dioses después de su muerte, y que de ellos vienen todos los castigos ó desgracias que los hombres sufren en este mundo.» En África sucede lo mismo. Hemos visto que entre los negros de Costa de Oro, el rey Adali pide al espíritu de su padre muerto el éxito de sus empresas, y que en Dahomey el rey viviente se cree en el deber de sacrificar víctimas para que lleven al rey difunto, al otro mundo, la noticia de lo que aquí se hace; esto significa que estos reyes muertos se han convertido en dioses. Podemos añadir, según Harris, que «el rey de Choa ora en el altar de su padre,» y según Bastian, que en «Yoruba, Chango, el dios del trueno, pasa por un rey cruel y poderoso que ha ascendido al cielo.»

Con semejantes testimonios no podemos menos de admitir que la apoteosis de los soberanos muertos entre las antiguas razas históricas, no era más que la continuación de una práctica primitiva. El profesor Eisenlohr nos enseña que Ramsés Hek An (uno de los nombres de Ramsés III) quiere decir «engendrado por Ra (el sol), príncipe de An (Heliópolis);» y cuando leemos en el papiro de Harris, que este mismo Ramsés III dice de su padre: «Los dioses eligieron á su hijo, nacido de sus miembros, para (ser) príncipe de todo el país á su placer;» no podemos menos de reconocer en estos hechos una forma más desarrollada de las concepciones que el salvaje y el hombre medio civilizado ofrecen por todas partes. En la leyenda babilónica del diluvio, vemos de una parte que «los dioses temieron la tempestad y buscaron un refugio,» que «los dioses, como una manada de perros, se tendieron en el suelo,» (lo que demuestra que no diferían mucho de los hombres ni por sus facultades, ni por sus sentimientos); y de otra, vemos que el conquistador Izdubar, el héroe de la leyenda, se convierte en dios, y que Bel, que fabrica ó produce el diluvio, era «el guerrero Bel:» no podemos, pues, dudar por más tiempo, que los primeros Babilonios no adorasen también á los jefes, dioses en vida, pero que después de su muerte se convertían en dioses todavía mayores (1).

El poderío de un jefe de tribu y de un rey, en los periodos más avanzados de la civilización, no es la única clase de poder. Por consiguiente, si en un

(1) Las últimas creencias babilónicas de este género, nos las revela el pasaje siguiente de la traducción que Menant ha dado de la gran inscripción de Nabuchadnezar: «Yo, soy Nabu-Kudur-usur... primogénito de Nabu-pal-usur, rey de Babilu, yo!» «El mismo dios Bel me ha creado; el dios Marduk que me engendró, depositó por sí mismo el germen de mi vida en el seno de mi madre.»

principio lo divino quiere simplemente significar lo superior, los hombres que se distinguen por otras cualidades que la de jefes de tribu, serán también considerados como dioses. Los hechos justifican esta consecuencia. Se deifica á los hechiceros y también á las personas dotadas de una destreza sin igual.

Los curanderos, cuya preponderancia no tiene otro origen que su habilidad, son tratados como dioses durante su vida, pero de ello no tenemos pruebas directas. Alguna vez el curandero es también un jefe político; en este caso se le rinde culto por ambos títulos: en Luango, por ejemplo, el rey es dios, y «se cree que puede producir la lluvia cuando quiere. En Diciembre el pueblo se reúne para rogarle; cada uno le lleva su presente.» Pero tenemos pruebas de que el curandero se convierte en dios después de su muerte. También existen hechos que hacen suponer que su espíritu es el que cobra principal preponderancia, porque es el más temido. Los Fuegienses, á quienes por otra parte no se atribuye ninguna idea religiosa definida, creen en «un grande hombre negro...» que recorre los bosques y las montañas... que ejerce influencia en el tiempo según el comportamiento de los hombres. «Era evidentemente un doctor en vientos, fallecido.» Falkner nos dice que los Patagones, vecinos de la Tierra del Fuego, «creen en demonios errantes que son las almas de sus hechiceros.» Schoolcraft nos dice de los Chipeuanos algo bastante decisivo. Representan á Mana Bocho, uno de sus dioses, recurriendo á su tambor y á su carraca mágica «para evocar los poderes sobrenaturales y llamarles en su auxilio;» se sirve en el otro mundo de los medios que en su cualidad de hechicero ponía en acción en éste. Finalmente, cuenta Bancroft que los Cahrocs tenían «idea de una gran divinidad llamada Chareya, «el viejo de lo alto...» Se dice que lleva una túnica ajustada y un saco de sortilegios.» En África hallamos un ejemplo preciso entre los Damaras. Pasamos ante la tumba del gran Omakurn, dice Galton; los Damaras echaron todas algunas piedras sobre ella, exclamando: «¡Padre Omakurn! él da y retira la lluvia.» Nosotros vemos en la Polinesia la apoteosis de un curandero, y un pasaje de Ellis lo atestigua. «Los habitantes de las islas Sandwich poseen una tradición, según la cual, cierto sugeto á quien han deificado después de su muerte, recibía de los dioses todas sus yerbas medicinales. Los médicos dirigen á este hombre sus plegarias.» En el antiguo Méjico, el poder que mostraba un hechicero era causa de que se le deificara; podemos deducirlo así del pasaje siguiente de Mendieta: «Otros dicen que aquellos únicamente han sido considerados como dioses que se transformaban ó... aparecían bajo otra figura para decir y hacer alguna cosa que estaba fuera de los límites del poder humano.» Pero los mejores ejemplos resultan de nuestros antepasados Escan-

dinavos, á menos que se califiquen de puras invenciones, los relatos reunidos en el Heims-Kringla. Tal como se halla representado en esta obra, (cap. IV-X), Odin era evidentemente un curandero. Leemos en ella, que cuando «Odin de Assaland marchaba al Norte y los dioses con él, era el más diestro de todos, y los demás aprendían de él las artes mágicas.» Leemos también que, cuando las gentes de Vanaland cortaron la cabeza á Memir, hombre de una gran inteligencia, «Odin tomó esta cabeza, frotóla con yerbas para que no se corrompiera, y cantó sobre la misma ciertas palabras mágicas. Con eso da á esta cabeza el poder de hablarle y revelarle los secretos.»

«Odin murió en su lecho, en Suecia, y cuando próximo á espirar, hizo señalar con la punta de una lanza y dijo que iba á Godhem y que allí saludaría á todos sus amigos, y los Suecos creyeron que había ido á la antigua Asgard donde viviría eternamente. Entonces se empieza á creer en Odin y á invocarle... Odin fué quemado, y su hoguera adornada con gran magnificencia.»

En el capítulo XI de la misma obra, se dice que Niort continuó después de Odin los sacrificios, y que los Suecos creían que «regulaba la marcha de las estaciones.»

«Por este tiempo todos los diars ó dioses murieron y se hicieron en su honor sangrientos sacrificios. Niort murió de enfermedad en su cama, y antes de espirar se hizo marcar por Odin con un hierro de lanza. Frey se amparó del reino después de Niort;... hubo buenas cosechas en todo el país, las que los Suecos atribuyeron á Frey, de suerte que se le adoraba más que á los otros dioses... Luego cuando Frey murió se le llevó secretamente al otero; pero los Suecos dijeron que vivía; veláronle durante tres años. Llevaron todos los impuestos al otero... La paz y las buenas cosechas continuaron.»

Estos extractos nos proporcionan algunas enseñanzas. La raza dominante venida de Oriente, volvía á él después de su muerte. Mientras sus miembros vivían, se les adoraba como vemos se adora en otras partes, y han sido adorados los hombres superiores. Los que pasaban por mejores hechiceros eran los más especialmente venerados. Después de su muerte eran ascendidos á la categoría de los grandes dioses, en virtud de su reputación de hechiceros, y se les rogaba para alcanzar que continuaran prestando un auxilio sobrenatural.

Naturalmente, para los mitólogos, estas circunstanciadas historias de vidas, de muertos, de ritos fúnebres de los individuos considerados hechiceros, nada significan. No ven en ellas más que una tendencia mitopoética; la semejanza de lo que ellos toman por ficciones con los hechos que se observan entre los salvajes actuales, no les admira. Supongo que también están dispuestos á rechazar el argumento que se apoya en el hecho de tener los descendientes de Esculapio un culto para él como para un dios, y de enumerar los eslabones de su genealogía. Pero en presencia de hechos que prueban que en nuestros días y en ambos hemisferios, lo mismo los doctores que los hechiceros, se convierten en dioses, debemos deducir que estas leyendas tienen su origen en acontecimientos reales.

Entre el curandero y el que enseña nuevas artes no hay más que una distinción nominal; en efecto, como hemos visto, el hombre primitivo cree que toda habilidad que está por encima de la ordinaria, es sobrenatural; el mismo herrero es para el africano una especie de mágico. Podemos también contar con el hallazgo de ejemplos de deificación de hombres que han atestiguado su superioridad por su conocimiento ó su destreza superiores. Los encontramos en muchas partes. Waitz dice que los Brasileños «atribuyen el origen de la agricultura á su maestro Tupan, que parece ser lo mismo que el autor... de la raza y que el sér supremo, en cuanto tengan idea de este sér.» Según Bancroft, los Chinuks creen que un «poderoso y bueno llamado Ikamam... les ha enseñado á construir canoas, lo propio que los demás aparatos y útiles; que ha precipitado grandes rocas en los ríos para formar en ellos cataratas é impedir la subida del salmon á fin de que se pueda pescar cómodamente. El dios mejicano Quetzalcoatl era un dios que durante su mansión en la tierra enseñó á los naturales el arte de servirse de los metales, de la agricultura, y el arte de gobernar.» Añadamos que los Mejicanos han deificado á Chicomecoatl, la primera mujer que hizo pan; á Tzaputlatena que inventó el aceite de uxtli; á Opuchtli, inventor de algunos aparatos de pesca; á Yiacatlecutli, creador del comercio, y, en fin, á Napatecutli, inventor de las esteras de junco. Los Americanos del Centro tienen también sus dioses y diosas: Chac, Ixazalvoh, Itzamna é Ixchebelyax, que fueron los inventores de la agricultura, del arte de tejer el algodón, de las letras y de la pintura, al decir de Cogolludo. En los más antiguos documentos de los pueblos históricos encontramos hechos análogos. Los dioses egipcios Osiris, Ombte, Neph y Toth, han enseñado á los hombres las artes. Se representa igualmente al dios babilonio Oannes como un maestro.

Inútil es enumerar las divinidades griegas y romanas á las cuales se

atribuye el honor de haber inventado tal ó cual método ó tal ó cual instrumento.

Hé ahí, pues, siempre la misma verdad bajo otro punto de vista. Un poder que sobrepuja al poder antes conocido, inspira el respeto; y el que lo posee, temido durante su vida, lo es más aun después de su muerte.

Inadvertidamente, hablando de los individuos que en el seno de la tribu, en su calidad de curanderos ú hombres de una habilidad excepcional, han adquirido una reputación que ha dado por resultado la deificación de los mismos, he tratado la clase de hechos que siguen y que muestran que el extranjero, miembro de una raza superior, una vez naturalizado, se convierte en dios en una raza inferior.

En nuestros días, los miembros de nuestra raza, los náufragos, los presidiarios evadidos, etc., arrojados en medio de los salvajes cobran ascendiente sobre ellos gracias á su saber y á su habilidad; hemos de repetir que después de su muerte, su poder, exagerado por la leyenda, no puede menos de volver su espíritu más temido que los espíritus ordinarios, por reconocer otro origen de divinidades. Poseemos muchos hechos que prueban que las razas inferiores, aun hoy día, colocan á los extranjeros de un tipo superior en el rango de los dioses. En África, nos dice Chapman, los Bosquimanos dicen: «Estos blancos son hijos de Dios; todo lo saben.» Livingstone dice que los Africanos del Este exclamaban al hablar á los Europeos: «Seguramente vosotros sois dioses.» Tuckney y Bastian, que otro tanto se dice de los blancos en el Congo. Un jefe de una tribu de las riberas del Níger, viendo á los blancos por vez primera, los llama «hijos del cielo.» Cuando Thompson y Moffatt quisieron ver una ceremonia religiosa particular á las mujeres bechuanas, dijeron éstas: «Son dioses, que entren.» También en una raza africana tan superior como la de los Fulahs, ciertos aldeanos, dice Barth, «vinieron á hacerme el honor de tomarme por su dios Fete que, pensaban, había podido venir á pasar un día con ellos» (y quedarse á comer como Zeus entre los Etíopes). Otras razas nos ofrecen ejemplos análogos. Las mujeres Khonds decían de la tienda de Campbell: «Es la casa de un dios.» Barbe asegura que «los habitantes de las islas Nicobar tienen del poder de los Europeos tan alta idea, que les atribuyen la creación de sus islas, y creen que de ellos depende el buen tiempo (1).» Erskine

(1) Se me ha traído últimamente de las islas Nicobar una fotografía de los ídolos del país, entre los cuales hay dos figuras de ingleses, grotescas, pero perfectamente caracterizadas.